

males, árboles, edificios, todo desaparecía dentro de las fauces del enloquecido gigante Atlas. El, Bedout, durante sus cinco años de permanencia, padeció más de ¡¡¡ciento y cincuenta!!!....

Y oír narración semejante al través de las densas sombras del aposento, teniendo que adivinar el rumbo de donde parte la voz que horrores tamaños me cuenta, mientras afuera, en la Pampa incommensurable, silba huracanado viento y un rumor imponente y ronco de caballos en carrera lejana y salvaje, estremece la tierra, prodúceme un pavor artístico, cual si viera yo, con fantástica luz iluminadas, las obras de Edgard Allan Poe, ilustradas por un Gustavo Doré imposible....

19 de junio—(Estancia de "El Dorado.") Levantado desde muy de mañana, bajo una temperatura que haría honor á Irkutsk y sin otros medios para combatirla que los abrigos que hemos traído y el ejercicio corporal á que nos entregaremos luego; de chimenea ó estufa, ni asomos! Los habitantes de la casa, habituados á los extremos de su clima, entran, salen, discurren por el jardinillo cual si se encontrasen dentro de un invernadero, y opinan que la mañana "está fresca." ¡Vaya si está fresca!

Invítanme á desayunar una carne que llaman "churrasco," y renuncio; nunca he podido tomar nada con grasa en las mañanas temprano; reclamo una taza de té.

A poco, instalados en rústico break y diz que en traje de carácter, partimos á la cacería.

Voy resuelto á no cazar, porque no sé y porque a priori me ha repugnado siempre el noble y feudal ejercicio, que, se me antoja, propio exclusivamente de crueles y primitivos, legado de nuestros excelentes choznos, los moradores de cavernas, y

á quienes yo, sin embargo, les beso las manos.... De repente, detiéndose el carruaje:

—¡Ahí están las perdices!...—gritan nuestros guías y acompañantes.

Hay unos segundos caóticos; confundidos, nos precipitamos Frías, Bedout, yo, las escopetas y el pointer "León;" éste último corre frenético, la nariz rozando la hierba, volviendo el rostro hacia su amo.... á unas cuantas varas, párase rígido, sin apartar ya su mirar del amo, inquieta la cola, en el aire la mano derecha, flexionada; una postura inteligente y primorosa. Azúzale Frías, vuela una ave azorada, suenan dos disparos, cae herida la perdiz y "León" viénese á depositarla á nuestros pies sin causarle daño, entre las fauces abiertas, con delicadezas de nurse britana ó de dogo de San Bernardo. Yo he permanecido inmóvil, con mi escopeta cargada; asegúranme los demás que la cacería ha principiado y que el día promete ser magnífico.

No tardan dos perdices más en ver interrumpido su vuelo libre por otros tantos disparos certeros; continúo sin tirar. Entonces Bedout aconséjame, atenta mi virginidad cinegética (ay! la postrimera virginidad que me queda!....) que ensaye yo tirando primero á alguno de los pajarracos de rapiña que por cima de nuestras cabezas rondan las perdices que vamos sacrificando. Me echo el fusil á la cara, disparo, y en lugar de doblar pajarraco alguno ¡por poco me mato!... Inexperto en estos achaques, he disparado simultáneamente los dos cañones de la escopeta.

Resuélvese que nos despleguemos en tiradores, y tócame en suerte el ala derecha; Frías, con su perro, queda en el centro, y Bedout parte por la izquierda. Benito, criado de Frías y caballero en menguado rocín, es comisionado para recorrer la línea y atendernos en lo que ofrecérsenos pueda....

Miro, á lo lejos, pacer ganado vacuno, é infórmome con el mayordomo que nos acompaña de si no ofrecen peligros vecindades semejantes.

—No, ninguno; están acostumbrados á ver gente!

—Al hombro, armas! y adelante.

Camino, camino mucho, hollando césped y sin vislumbre de perdices.

Hállome en medio de la Pampa y me siento impresionado.

La Pampa, sobre todo en el primer momento, es majestuosa, severa, infinita; por doquier crece la yerba con ondulaciones y rumores casi poéticos. La vista se asombra ante la verde inmensidad de la llanura, el horizonte queda á distancia y mi cerebro piensa en cosas gigantescas, grandiosas: aquello es un océano de tierra! Luego, el asombro cede el puesto á la tristeza... ni un árbol, ni una mata, ni un cerro, ni una casa; nada, nada, nada...! A lo sumo, puntos negros y movidos: es el ganado que pace ó se recuesta. Y lo que al principio me entusiasmó, ahora me amilana; viénenme ideas de persecuciones horrendas, de tormentos inquisitoriales; la sombra misma de Rosas y de su "mazorca," como que aún cruzara por allí, acompañada de la desolación y del espanto. Hasta el césped, que gracias al viento que lo acaricia y doblega, inclínase hacia un lado, parece que conmigo opinara y que asintiera á cuanto voy pensando....

De improvisó, descubro una perdiz hambrienta y confiada, que picotea cerca de mí en el pasto seco y enhiesto. Vienen por tierra mis humanitarios propósitos, algo raro experimento que me impele á destruirla; apúntole contra toda regla, sin aguardar á que alce el vuelo, y tan á boca de jarro le disparo, que sólo sus plumas la sobreviven, revoloteando por los aires. La he deshecho, y reconózcome bárbaro y salvaje. Sigo avanzando, y otra

perdiz, en circunstancias idénticas, sáleme al paso. Vuelvo á empuñar mi arma, estoy más lejos, disparo y la derribo. Oficiando de perro, aproxímome á levantarla pues la creo bien muerta, y nó, está agonizante, con un ronquido débil que coge el alma, sus ojillos tristísimos vueltos á la altura. Mi mano izquierda la sirve de lecho mortuorio, allí expira, mirándome con dulce mirar de bestia inofensiva y pequeña que no comprende lo que le sucede ni por qué le sucede... ¡me juro no cazar más perdices!

Después del almuerzo en la estancia, salimos de nuevo al campo en busca de venados, armados nosotros de rifles en esta vez.

De veras gozo con este género de cacería, llena de emociones y en la que no se presencian los resultados inmediatos de los disparos. A cada rato hay que correr á pie, á caballo, en carruaje; los venados, heridos, se levantan, caen, huyen, lo dejan á uno sin consuelo y no se asiste á su agonía. Frías ha dado muerte á un venado y á una gamma; casi al partir de la tarde, yo le rompo una pierna—á honrosísima distancia—á un venado de tres años, según rezan sus astas. Van á traerlo los de á caballo, y cuando el mayordomo lo degüella, procuro no hallarme junto al bicho que llora y patalea, y mucho menos degollarlo yo en persona como me lo aconsejan los circunstantes, por ser de ritual, á lo que parece, que el que dobla á una pieza la ultime por mano propia. Todos me felicitan, mas al notar mi ningún entusiasmo opinan que no serviré para cazador.

Estamos en el instante más solemne de la Pampa: el crepúsculo vespertino! Con la tarde que se va, domínanos una sensación extraña: respeto, piedad y recogimiento; hasta pareceme que todos hablamos en voz baja, temerosos de romper la armonía grandiosa del conjunto físico é indescriptible. La mística hermosura nos subyuga, aunque—

por lo que á mí respecta—la tristeza de por la mañana sube de punto. Ganas me entran de pedir socorro, de llorar mucho ó de ejecutar una acción buena; véome pequeño y abandonado.

Cargados con nuestros trofeos, tornamos á la estancia; ya es de noche.

Comemos, y en seguida pasamos á la cocina, al "fogón criollo," á cuyo alrededor la peonada de la finca, reunida, bailará, cantará y tomará su bebida predilecta: el mate. Es ésta una galante sorpresa con que nos obsequia el mayordomo.

Un cuarto rústico, con las paredes negras de humo y el piso, de ladrillos, sucio y polvoriento; en sus interiores, una mesa, dos bancos y un brasero de campana, por todo mobiliario; en el centro de la habitación, han encendido una fogata que nos ilumina y alegrá con su chisporroteo. Hay que sentarse muy abajo, para que el humo no lo ciegue á uno; los asientos son de madera, ó de cabezas de res, disecadas. Seremos los de la tertulia unos veinte. Parten de un rincón los primeros gemidos de una guitarra que tañe un "tocador" de profesión; comienza á comunicarse el contento; los semblantes sonríen, escúchanse voces sonoras, y el "mate amargo" circula profusamente.

Esto del "mate" reclama especial mención por ser una costumbre que tiende á desaparecer, de Buenos Aires sobre todo.

"Mate" es una yerba que produce el Paraguay, y no sé si también la Argentina, entiendo que sí. Dícese que es antiséptica; lo que yo puedo garantizar es que no agrada á los que nunca la cataron, y que la forma en que tiene uno que apurarla resulta detestable y poco limpia. En una raíz hueca, muy semejante á nuestros "guajes" mexicanos, se echan la yerba, agua hirviendo y azúcar, y por medio de una bombilla de plata se chupa el mixto, hasta apurarlo. No está aquí lo grave, sino en que sin lavar la bombilla ni cambiar la yerba, pa-

sa el trasto nuevamente cargado de agua hirviendo y azúcar, á otra boca, y luego á otra, y á otra, y á todas las de los asistentes á una velada urbana ó rural. Excusado decir lo que beberá el último: la saliva y los humores de una muchedumbre campesina,—cuando como hoy en el campo nos obsequian,—no siempre estricta en su aseo.

Para halagar á los "paisanos" (léase campesinos) trasiego á mi estómago de extranjero dos "mates amargos" ó sin azúcar. Escucho los mismos cantos que la víspera, y veo bailar un "gato." Bedout, alarmado cuando le alargan un "mate," declara que no lo probará y se pega á Frías, para que lo salve.

20 de junio—(Estancia de "El Dorado.") Por la mañana, cazan Frías y Bedout; yo me limito á oxigenarme y á matar sin escrúpulo, una de las muchas lechuzas que toman el sol, echadas en el pasto ó posadas en los cercados, volviendo á cada rumor su cara antipática y casi humana.

La tarde pásomela en la cama, leyendo y dando á mi cuerpo poco hecho á estas recias fatigas, el descanso de que há menester.

Bedout y Frías regresan al obscurecer cargadísimos de perdices muertas.

21 de junio—De visita en una estancia vecina, que pertenece á una sociedad belga. Más comfort en la vivienda, estufa y puertas cerradas. El almuerzo mejor condimentado; no nos dan tanta carne como en "EL DORADO," pero, en cambio, dánnos legumbres y una suculenta sopa. Me conformo con esta "caza mayor," y, resignado, acompaño á los demás en su excursión devastadora.

Hásenos incorporado Pepe Caro, tercer Secretario de la legación de España, y el cazador más im-

penitente que haya yo visto; principia por despojarse, para gran alivio mío, de un magnífico capote de monte, que me salva de la congelación. Lo que no suelta, á nadie ni por ningún dinero, es su escopeta, una Greener legítima que, nos afirma, estima cual á una querida fiel.

Mientras todos andan á tiros con las "martinetas"—una variedad de la perdiz, grande como una gallina y exclusiva, á lo que alcanzo, de esta privilegiada República—yo descabezo un sueñecico dentro del carruaje.

... y me despierta lo más formidable que pudiera imaginar: el incendio en extensión grandísima de la yerba de la Pampa, seca á causa de los hielos. Crece la llama, se enrosca en el vacío y se encara con el mismo sol, á pesar de que éste la derrota y humilla... El automedonte asegúrame,—es oriundo de estos contornos,—que tales incendios, de noche, siembran el pánico en hombres y animales y los hacen huir en tropel de catástrofe, desparvoridos y sin consuelo. . . .!

Al atardecer, emprendemos la vuelta por la desierta y dilatada Pampa. Aumenta nuestra velocidad, porque dos potros brutos que tiran el carruaje en unión de caballos adiestrados, se desbocan y arrastran tras de sí á éstos. (Esta costumbre de primitivos de poner potros salvajes con caballos "hechos," está muy generalizada en la Argentina; en las diligencias,—que aquí se denominan "galeras,"—siempre se ayunta á los caballos mansos los que aún no lo son, con gravísimo riesgo para los pasajeros; como nadie se queja, la costumbre persiste y sólo va desapareciendo conforme desaparece la diligencia, aventada al polvo y al olvido por los ferrocarriles. Nada advertimos nosotros, y mientras volamos cosa de dos kilómetros, Caro dormita y Frías nos escucha á Bedout y á mí que canturreamos el "Si tu m'aimais...." de Alfredo de Musset.

Notificados del desbocamiento de los potros que tiran de nuestro break, por precaución mudamos de bestias en la "chacra,"—léase rancharía,—de la finca, y estamos tan de malas, que, á poco andar, nos extraviamos en la inmensa sabana. Frías se apea dos veces, para orientarse, y cual si llamara á un perro, pregunta sin cesar:

—'Júpiter! ¿dónde está Júpiter? ¿Estará con Venus?'

Los astros buscados no parecen, pero nuestro buen humor aumenta; reímos á voces de cuanto hay, hasta de un holandés campesino á quien por el ruido de sus suecos y por la obscuridad de la noche y de la Pampa, lo declaré uno de los potros desbocados.

Por fin, á eso de las 8 arribamos á la estancia de "El Dorado," cuyos huéspedes principiaban á alarmarse á causa de nuestra tardanza.

22 de junio—Hasta Buenos Aires, adiós estancia!

... al mirarme en mi casita, con mi vieja francesa que me prepara el té y horrorizada esconde la cabeza de venado que le entrego; al acariciar á mi perro, que me salta loco de contento; al estirarme en mi cama limpia y tibia, suspiro de satisfacción y me prometo no tornar jamás á otras cacerías.

24 de junio—Por tercera vez, en la elegante morada del acaudalado literato chileno Alberto del Solar, que los viernes recibe á gente de pluma. Los de siempre, más algunos argentinos que no son de nuestro grupo.

26 de junio—No sé si por haberseme abierto

antiguas heridas ó por causa diversa, vengo á parar en esta conclusión:

—Los celos son una dolorosa sensación física!

29 de junio—En casa de Calixto Oyuela. Nos lee su drama Martín Coronado; tres actos románticos y un tanto pesados; la acción arrástrase perezosa ó cándida; de cuando en cuando, un chispazo de verdadero talento, del bueno que Coronado posee de sobra, y luego, aquello decae de nuevo. Casi á la media noche concluye la lectura.

Coronado, sonriente, aguarda la censura, que no tarda en asomar por varias bocas. Y según las críticas desmenuzan, las críticas embozadas y poco francas de "compañeros de arte," la sonrisa de Coronado se transmuta en mueca de disgusto, para terminar en gesto de dolor que en vano trata de disimular. De todo corazón lo compadezco, porque también yo, con muchos capítulos de mis "Apariencias" pasé por calvario idéntico en la casa de Rafael Obligado.

Trabo conocimiento con Juan Antonio Argerich, literato argentino, partidario de la independencia literaria más absoluta. Tiene actualmente una polémica epistolar por la prensa con don Juan Valera.

1o. de julio—En la casa de del Solar, un señor lee, á propósito del "Quijote," un estudio sobre el Fuero Juzgo, que podrá ser todo lo erudito y estimable que se quiera, pero al que no le hallo contacto con la obra inmortal de Cervantes; sin embargo, se lo aplauden á rabiar.

4 de julio—A bordo de la cañonera norteamer-

icana "Bennington," surta en este puerto de Buenos Aires, en el dique número 3.

El Ministro de los Estados Unidos, Mr. Pitkin, celebra en ella el "Glorious Fourth."

Hay bastantes invitados y no escasas señoras. Cuando llegamos, en comitiva, el capitán y la oficialidad del barco recibennos en la plancha, á los acordes del himno yanqui "Hail Columbia;" la infantería de marina, de uniforme de lujo, presenta armas, y toda la marinería, formada á dos filas compactas, saluda llevándose las manos á la frente. La "Bennington" reluce de limpia, adivínase que para recibirnos se lavó bien la cara.

Después de las presentaciones de rigor, suena un clarín, contéstale un tambor y la tripulación se aglomera por bajo de la cubierta en que nos encontramos nosotros. Mr. Pitkin va á hablar, y cual si para singular combate se apercibiese, despójase de gabán y sombrero—mal grado el invernal céfiro que riza las ondas del Plata,—se tira los puños de la camisa, carraspea y se arranca:

—"Dear Countrymen, Ladies and Gentlemen..."

Y durante media hora nos dispara su arenga con declamatorio tono y descompasados movimientos, con ese no sé qué vago y grotesco que toda solemnidad sajona—las Inglesas y yanquis muy particularmente—encierra en el fondo: una mezcla de Barnum, de ministrel y de pastor protestante. A cada período, lo interrumpen los aplausos; al concluir, los tres "Heep, heep, heep, hurra!" de ordenanza, vuelan por el aire.

Me abstengo de aplaudir.

Conozco el secreto de la ovación y la causa de los aplausos: no aplauden al orador, aplauden á los 65.000.000 de individuos que representa!

Luego, nos brindan un "luncheon" que acusa la largueza y no desmentida hospitalidad de los anfitriones. En seguida, en el dique, hay cuatro asal-

tos de pugilato con guante. Ocho prójimos (?)—para nosotros los mexicanos sí que lo son, con ortografía anticuada: **próxim**os. . . .—se propinan cada bofetada que tiembla el misterio. . . . Cuando la gente principia á ballar, me retiro á pie; llevo en mis oídos el chasquido de los golpes ciertos que suenan á mortal agravio al colorear la faz del que los recibe, y me huelgo de ser latino, á ojo cerrado me quedo, aunque no sean de mi gusto, con las riñas de gallos y las corridas de toros.

Por la noche, visita mi casa el barón Manoel de Salzberg, Ministro Plenipotenciario de Austria-Hungría, á quien tengo invitado á comer, en atención á que él, desde que me conoció, me ha colmado de amabilidades y atenciones, entre otras, invitarme á su vez por cuatro ocasiones. Es un mundano de refinada educación,—como todos los austriacos decentes,—y, lo que nunca está de más, un **charmant convive**.

Procuró esmerarme en hacerle grata su permanencia en mi casa, y mi cocinera,—identificada con mi diplomacia,—secunda mis planes admirablemente. Bedout come con nosotros.

Creo que es Salzberg el primer ministro austriaco que come en la casa de un representante de México, desde hace muchos años. ¿Será que el tiempo lo borra todo? ¿que á Salzberg y á mí nos acerca una simpatía puramente personal ó que no fué un crimen, como pretenden algunos, la ejecución de Maximiliano, allá en Querétaro? . . .

5 de julio—En mi casa,—es martes,—Carlos Vega Belgrano, que ha vivido catorce años en Europa, nos afirma que Carlos Calvo no es sino una solemne y descarada mistificación; que su obra, tan respetada en el mundo científico, no es de él, es de un español tronado que le vendió los manus-

criptos en días de miseria. Llega á llamarlo, en el calor de la controversia que con los demás argentinos sostiene Vega Belgrano á causa de su valiente afirmación, un ignorante y un vulgar! . . . Ante mi amenaza de que consignaré en este "Diario" mis sus palabras, se crece y entusiasma:

—"Dígalo Ud.,—exclama,—la verdad antes que la patriotería! y agregue que yo sostengo lo siguiente: **¡Carlos Calvo podrá ser un nombre pero nó un hombre!**"

8 de julio—Como esta noche en la casa de una dama italiana, que, á los postres y por vía de pasatiempo, obséquilame con decirme la buena ventura, leyendo en la palma de mi mano las líneas de la vida. . . . Resulta que moriré, allá por los cincuenta años, y que á los cuarenta y cinco, más ó menos, un suceso anormal y grave pondrá mis días en serio peligro. . . . Todos reímos de la predicción ¿quién cree en esas cosas? . . . pero en el fondo, en ese fondo infantil y medroso que todos poseemos por ignorantes é imperfectos, yo creo algo en la profecía y quedo preocupado, con malestar menor físico que moral, en el resto de la mundana velada.

9 de julio—Segunda y última fiesta anual argentina; hoy es el aniversario de la consumación de su independencia.

Por continuar de Encargado de Negocios, asisto en unión de Adolfo Mujica y Sáyago,—segundo secretario,—al **Te Deum** en la Catedral y á presentiar desde los balcones de la Casa de Gobierno el militar desfile.

Por la noche, al teatro de la Opera, en el palco del Presidente de la República.

El espectáculo da comienzo con el himno nacio-

nal argentino que todo el público escucha de pie, mientras lo cantan los artistas en traje de hugonotes!—porque en seguida cantarán la partitura de este nombre. No transijo con ese disfraz que en mí sentir amengua la solemnidad del himno. ¿Qué tienen que hacer unos hugonotes convencionales con la epopeya suramericana, que el himno argentino ensalza en su música y en sus versos? E infórmanme que esta costumbre es ya inveterada; los artistas entonan siempre el himno nacional vistiendo el traje de que han de echar mano para cantar la ópera anunciada, sea la que fuere.

No muy bien dispuesto de ánimo, con nadie hablo en el palco y distraído escucho la partición de Meyerbeer; las mismas señoras y señoritas que adornan el local con su presencia, atractivos personales y galas, no me halagan la vista como en otras veces; en cambio, despiértanme estafalarias ideas. Desde hace tiempo que las grandes agrupaciones femeninas de cualquiera parte,—no obstante mi idolatría ciega por ese sexo,—me inspiran algo que no es precisamente repugnancia, aunque mucho se le asemeje; sin quererlo, pienso en las miserias de todos órdenes á que se hallan sujetas, y ocurreseme que sólo debiéramos adorarlas como á las obras maestras (ninguna hay comparable con la mujer) de los museos: con la vista y á distancia!....

Cuando las bailarinas aparecen en el escenario, y que los anteojos, encendidos casi, convergen á él traicionando la rabiosa concupiscencia de los masculinos, yo no imito á mis congéneres, los observo, porque nunca he encontrado artístico ni siquiera provocativo un cuerpo de baile. Las piernas nervudas y deformes de las étoiles, por causa de su gimnástico ejercicio profesional; los corpiños y enaguillas, que nada ocultan; los movimientos dislocados y funámbulescos á que se entregan, disgustanme sobre manera. Prefiero á los orienta-

les; tumbados sobre cojines, miran bailar mujeres vírgenes ó poco maltratadas por las refriegas de amor, de intachables formas, que una gasa, á la vez muestra y oculta, como en los sueños!... Luego, á una señal, las poseen en el misterio perfumado del harem, mientras los eunucos insensibles cuidan de su señor, y con algo de nostalgia por el placer que desconocen, sonríen, sonríen de que la materia á las bestias nos equipare. . . .

De pronto, en el palco, hace irrupción un coronel británico, de uniforme. Ignorante de que haya en Buenos Aires fuerzas de la Gran Bretaña, preguntó quién es:

—Es el coronel Goldschmidt, antiguo edecán del príncipe de Gales y actual representante del barón de Hirsh, el que coloniza con judíos.

Y me huele el palco á libras esterinas amasadas con lágrimas.

12 de julio—Muy concurrido mi martes literario. Algunos nuevos, entre ellos un francés, Alfredo Ebelot, establecido en la Argentina hace veintidós años. Siempre fué literato y republicano; estuvo mucho tiempo de secretario de redacción en la conocidísima "Revue des Deux Mondes," de París; es autor de varios libros; el último es "La Pampa," en castellano, con el que personalmente me obsequia poniéndole afectuosa dedicatoria. Va á ser mi crítico en la "Revista" de Carlos Vega Belgrano; ha leído mi "Del Natural" y juzgará "Apariencias."

Es simpático y parece franco; ya es de alguna edad. Carlos Vega Belgrano me lo encomia como ilustrado y competente.

16 de julio—En casa de Rafael Obligado; somos pocos.

A media noche retiranse los concurrentes y me quedo yo á solas con el poeta, en un momento de expansión íntima. Me lee versos suyos, de los viejos; confíesame que está enamorado de su composición intitulada: "Las quintas de mi tiempo," y después, nos comunicamos mutuamente nuestras debilidades artísticas, esos cultos momentáneos por tal ó cual detalle de la obra en el yunque, los deleites solitarios ante una estrofa harmónica ó una página terminada á gusto. Confíesame luego, que es perezoso para la labor literaria; hasta se me manifiesta un tanto escéptico; y al separarnos ¡qué efusivo nuestro apretón de manos, tuteándonos siempre, unidos y bien unidos por una corriente de recíproca simpatía! Lo quiero mucho.

17 de julio—En una reunión de confianza conozco al hermano de Balmaceda, el presidente de Chile que se suicidó cuando el triunfo de la reciente revolución del partido parlamentario en aquella República. Disimuladamente interrogo al hermano del muerto sobre la tremenda y recién apagada lucha, y me la narra toda, con detalles horribles, sus recuerdos muy vivos aún, sus heridas sin esperanza de cicatrizar. Díceme que aunque su hermano nunca fué partidario en teoría del suicidio, él sí creyó que se mataría al verse derrotado; que era un hombre de gran carácter, encumbrado gracias á sus méritos y propios esfuerzos.

Estos chilenos, en sus luchas, son más implacables y crueles que el resto de los hispanoamericanos,—que ya lo somos de sobra!—¿Será por lo mucho que de araucanos conservan?...

18 de julio—Con el Ministro de Austria, barón de Salzberg, de visita en el estudio transitorio del célebre de Martino, en la calle del General Lava-

lle. Nos muestra algunos cuadros al óleo,—dos de ellos magníficos!—y muchas acuarelas. Salzberg, al fin, compra una de ellas, y de Martino me ofrece de regalo un boceto suyo que me pintará en una tarjeta; exígeme que á ésta le ponga yo marco.

Tiene un momento de intimidad; nos enseña los retratos de su esposa y de sus hijos, asegurándonos que Romeo, su único varón, está saliéndole artista, un artista que superará al padre. Luego, nos comunica que se halla por terminar su gran obra: la Vida de Nelson! Lleva ya siete cuadros, sólo tres le faltan, y cuando los concluya podrá retirarse á vivir tranquilo de sus rentas y de sus triunfos.

También él lleva un "diario;" nos lee una de las últimas hojas, el naufragio de la "Rosales"—el buque de guerra argentino perdido hace poco,—y en cada línea asoma su temperamento de viejo marino que se conmueve ante uno de estos siniestros, y que á su pesar, se acuerda de los peligros conjurados, de los compañeros muertos, de las borrascas y averías, de los esponsales con la muerte que todo marino celebra al embarcarse; esponsales que en la mayoría de las ocasiones, quedan por cima de la novia, de la madre, de la esposa, de los hijos, de la patria...

Después de una hora, salimos del estudio; de Martino nos acompaña hasta la puerta y en ella nos despide con su pintoresco acento napolitano:

—Ciao, carissime, ciao! Tornate pronto.

Comencé y concluí el prólogo de mis "Impresiones y Recuerdos." Conozco, sin embargo, que he menester de dos á tres meses de reposo

19 de julio—Tristísimo aniversario el del día de hoy! No puedo consagrarle todos mis recuerdos,

—según siempre lo he acostumbrado por amante piedad filial,—porque los preparativos de mi próximo viaje y mi reunión nocturna y literaria, impídenmelo conjuntamente.

No obstante que mi “martes” ha estado muy concurrido, principia á enfadarme la esclavitud que imponen tales tertulias, de las que, al fin de cuentas, poco se saca. Mucha discusión sobre temas baladíes ó trascendentales; mucho afán de pasar por espíritu superior é ilustrado, para separarse después de media noche sin haber andado un solo paso positivo. Más que tertulias, simulan una función de fuegos de artificio: primero, luces, muchas luces, entusiasmos, ruidos; luego, humo, ceniza, nada... Y el mal no es éste, el mal es que estas reuniones nuestras, con defectos y todo, son mil veces mejores que la generalidad de las diversiones nocturnas en las ciudades hispanoamericanas. ¡Cómo ha de ser!

Se lee el prólogo de mis “Impresiones,” y Leopoldo Díaz, el parnasiano argentino, el elegantísimo poeta algo simbolista, lee una traducción suya, en verso, de una poesía naturalista portuguesa y que parece escrita por el doctor Ricord: hasta de copaiba y de nitrato de plata se habla en ella!

—Les portugais sont toujours gais.

20 de julio—Me descuaja encontrarme en vísperas de viaje! La nerviosidad que entonces domina, hácenos romper con nuestras costumbres, mal apreciar lo que nos rodea y adulterar nuestras sensaciones y nuestros sentimientos. Desaparece el analista, el observador que hemos procurado á fuerza de fuerzas desarrollar dentro de nuestro individuo, y sale á flote el animal, el hombre que nos avergüenza y equipara al último rústico. El miedo vago que todo viaje trae consigo, se burla de nosotros, nos amilana, y andamos

á modo de sonámbulos, de ciegos que perdieran de súbito su raquíptico lazarillo. ¡Poco valemos!

Después del almuerzo, llevé á bautizar á una hijita de Mujica, el segundo secretario de la legación. Recibíónos el teniente-cura; tomó las generales en un libro, y al asombrarme yo de leer en la pared, junto á un Cristo de marfil, un letrero escrito con carbón, que dice: “Viva el Cura!” me responde risueño:

—Lo escribieron los electores y lo dejo como recuerdo.

(Es de advertir que en Buenos Aires, aunque está prescripto que se hagan las elecciones civiles en los atrios de las parroquias, los electores las hacen en el interior de los curatos; y á las veces hay tiros y estacazos...)

Pasamos todos al templo; el teniente se endosa una sobrepelliz, y llegamos al baptisterio. Cargamos á la chiquita su madrina y yo, y el padre oficiante reza las oraciones que corresponde, á escape; exigenos un Credo y nos obliga, luego, á decir: “creo” á una porción de cosas ininteligibles. Da la sal, los óleos y el agua á la inocente criatura, para borrar el más involuntario de los pecados, el de nacer!, y en un minuto queda el cura de negro otra vez, me felicita y se escurre de prisa, sacristía adentro, la falda de su sotana arremolinada é inquieta. Las señoras se arrodillan.

Después de la ceremonia, encamínome á recoger el regalo del pintor de Martino. Ha cumplido; en su nombre me entregan una marina á la acuarela, admirablemente “vista,” por más señas, y con esta inscripción al pié:

—“Al Signor Gamboa—E. de Martino.”

Compro, de retirada, mi pasaje para Río de Janeiro; evaquo algunas visitas, y regreso á casa, ya de noche, malhumorado y rendido. Quién sabe si mañana no podré escribir; pasado mañana me embarco.